

«NOSCE TE IPSUM.»

III.

El pueblo romano ha cumplido por el apostolado de la guerra la mas alta mision que en aquel momento histórico podía realizar un pueblo; y Roma, loca, embriagada de su grandeza, se divinizó y se hizo adorar de uno á otro continente. César había realizado el sueño de Alejandro; los instintos de este fueron pensamiento de aquel Cónsul, cuya historia solo cabe en las páginas de la historia del mundo. ¡Qué grande es César en la realizacion de la unidad humana! Heredero del genio de los Gracos, lleva el espíritu de Roma à vivificar los pueblos bárbaros, pone en sus manos el arma de la guerra y les confia los destinos de la patria; persigue y vence à los enemigos de la plebe y señala en todas partes con arcos de triunfo su huella. Pero la mision de la señora del mundo estaba cumplida al realizar la unidad geográfica: ni la guerra, ni el código romano habían podido hacer la unidad del espíritu; y por mas que el circo mezclaba la sangre de todos los hombres, el derecho natural todos los derechos, el Panteon todos los dioses, y una red de caminos unía todos los pueblos, faltaba la idea, que es la única que puede dar la vida permanente à las civilizaciones.

Un pueblo había, entre los infinitos tributarios de Roma, que hacia el comercio con sus caravanas en marcha constante, desde Jerusalem, al Este y al Oeste del imperio romano. A pesar de sus prevaricaciones, de la usura con que castigaba à los pueblos extranjeros por sus mercancías, conservaba una civilizacion impene-trable, enemiga à las demás civilizaciones y à toda estraña influencia.

Su Dios, era el Dios único, que había creado en seis dias el universo, que le eligió entre los pueblos para guardar su fe; el

Dios de sus patriarcas, de sus profetas y de sus reyes. El le habia sacado del poder de los Faraones y llevado por mil prodigios á la tierra prometida. El habia dado su ley á los jueces y su fé á los sacerdotes; habia favorecido con la victoria á sus ejércitos y le habia tambien castigado horriblemente por sus muchas prevaricaciones; porque aquel Dios, era el Dios terrible y fuerte que vengaba los crímenes de los padres hasta su quinta generacion. Jerusalem era desde la caida de Babilonia el centro de las mercancías y del comercio de aquel pueblo y allí estaba el santuario de su fé.

Este pueblo, que tuvo su gran destino, y siguió todas las vicisitudes de la historia, guardò en el mundo el inmenso suceso para el alma del hombre de la unidad de Dios, que habian sentido, pero sin formular siquiera, el Egipto y la Persia. Segun sus libros inspirados, cuando un nuevo diluvio de maldades cubriese la tierra, rompería aquel Dios invisible la triple cubierta del Tabernáculo y aparecería hecho hombre entre los hombres. Y hé aquí que un dia aparece en la ciudad santa un profeta, á cuyo paso arrojaban ramos los hijos de Jerusalem gritando: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor!» Aquel hombre era en verdad el Cristo, porque se habian cumplido las setenta semanas de Daniel y Roma habia llenado su destino. Ese hombre, que las turbas bendicen, es el Mesias concebido por una Virgen y bendecido en sus entrañas; nacido en un pesebre, donde le adoran los pequeños y los grandes de la tierra; es el que todavía niño escapa de la persecucion de los tiranos, y confunde en la Sinagoga, con su estraña doctrina, á los doctores; el Dios humilde y bueno, de rubios cabellos, vestido con túnica y calzado con la sandalia del viajero, que llamaba á sí á los últimos entre los últimos, á los pobres y á los proscritos. «Bienaventurados, dice, los que padecen; bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que han hambre;» y hay una voz, salida de todos los continentes, donde gime un alma oprimida, que contesta en eco lejano á las palabras del que se llama enviado de Dios y bendice el sufrimiento y la pobreza.

Ved como Cristo viene á santificar nuestros esfuerzos en la persecucion del ideal humano.

El hombre comienza á vivir en lucha con la naturaleza, que le asusta con sus tempestades y le moja y hiela con sus diluvios y con sus frios, y la vence con su sufrimiento y con su trabajo. Busca errante el sustento de su cuerpo en el seno de los bosques, teniendo que luchar con las fieras, ó en la llanura de los campos, luchando con sus semejantes, y domina con su sudor y con su sangre á la tierra ingrata, y con su inteligencia á los animales que le devoraban.

Vé levantarse á los ambiciosos y los soberbios; entra con ellos

en lucha para defender la tierra, que él hizo buena con sus afanes; los animales que domesticó con su trabajo; la familia que formó con su vida. Y los mas fuertes le vencen y le roban hasta su libertad. Hijo de casta maldita, ni siquiera ha podido ya trazar de los piés de sus dioses, y sustituye al asno que fué su compañero; al perro, que le avisaba la proximidad de la caravana enemiga; al toro que le alimentaba con sus carnes y le cubría con su piel. Levanta el palacio de su señor con ladrillos que amasa con sus lágrimas, sin otro presente que el dolor ni otro porvenir que el sufrimiento y la muerte. Lucha en su desesperación y aun ayuda á sus opresores con sus victorias. Los afanes del trabajo hacen aparecer la corona de la racionalidad sobre su frente, y pide sueldo para pelear; tierra en premio de la victoria; leyes que garanticen su libertad y sus derechos. Y así, con los esfuerzos humanos, sufriendo, trabajando, sudando, llorando el hombre, la esclavitud vá lentamente cambiando en servidumbre y esta en aprendizaje de libertad, que trae el ahorro, la propiedad, encarnacion visible de la civilizacion.

Pero el sufrimiento, el trabajo, el dolor eran todavia malditos. Hasta el pueblo de Israel, que se vanagloriaba con su legislacion y con su fé, se burló de sus profetas; recordó alguna vez los sacrificios de Moloc y guardó sus severas leyes para el desgraciado. El miserable infractor de los preceptos de Moisés era castigado por el Dios único con la lepra ó con la peste y arrojado por sus sacerdotes á los campos, si es que a tanto no llegaba su enojo omnipotente, que les mandára legiones de malos espíritus para atormentarles en justa venganza de su pobre pecado, ó hiciera llover fuego del cielo para consumir á las ciudades nefandas.

Mas Cristo llama bienaventurado al que padece y al que llora; reprende á los hipócritas y absuelve á la adúltera; levanta á la pecadora; manda vender sus bienes al jóven que quiere tomar puesto entre sus discípulos; habla á los pecadores y á los afligidos; perdona á la cananea, al paralítico de la piscina; glorifica al samaritano, y prohíbe á sus discípulos la tentacion siquiera de la propiedad. «No tendreis, les dice, ni manto, ni báculo, ni sandalias;» así despojaba á sus ministros de todos los albagos de la carne, para arrojarles despues á devorar con su doctrina el mundo. Y para enseñar á los hombres el paso penoso de esta peregrinacion á otra vida mejor, lloró y pasó horas de agonía en el huerto de las Olivas, subió á la cruz y espiró coronado de espinas.

Poco tiempo despues, unos hombres, al salir por las puertas de una ciudad, sacudieron sus sandalias y dándose un ósculo de paz, tomaron distintos caminos. A los pocos años demolió el ariete romano á esa ciudad preferida entre todas; Jerusalen, que había sido el tabernáculo del Dios fuerte, no mereció tener en su seno

al Dios *humilde*, que emigró en el alma de sus apóstoles á la inmensidad del mundo romano. Habian llegado los tiempos del Dios de todos los hombres.

El hombre habia tomado posesion de la tierra por la guerra y tendia á igualarse en derechos por la ley. La administracion civil del pueblo romano se extendió con sus ejércitos; pero el escepticismo habia debilitado el arte, la filosofia, la religion, en una palabra, el alma del hombre; y el plebeyo, la muger, el siervo, los débiles, no conocían el talisman de la virtud para vencer á los soberbios y á los viciosos, y esto vino á enseñarles Cristo.

—«Yo soy la resurreccion y la vida, les dice, el que crea en mí, vivirá.»—Y aparta la muchedumbre para que se le cerquen los niños; y es afable con la Magdalena; y con celestial amor sonrie á Marta y á Maria; y busca á la muger perdida en el pozo de Jacob; y multiplica el pan para alimentar á los que le siguen; y sobre el mar, entre las mieses, en el desierto, en medio de las plazas, en el pretorio, en el templo, en la piscina, en todas partes donde el hombre sufre, ora, ó trabaja, aparece Cristo para santificarlas con su presencia, y para alentar al sufrimiento con sus consejos y parábolas, señalando al hombre en recompensa, encima de la tierra del dolor, otra patria.

Observa el que estudia sin preocupacion la vida humana, cómo refleja el hombre el conocimiento de sí mismo en las manifestaciones de la idea de Dios, que uno y permanente desde el principio, ha sido expresado, segun el pensar y conocer humano, conforme siempre á los sentidos en las primeras edades, relacionado al conocer en los tiempos civilizados.

El hombre vió primero á Dios en la naturaleza; oyó su voz en el estampido del trueno, en el ruido de la tormenta y en el bramido de los mares; el relámpago y el rayo fueron el reflejo de sus pupilas, y adoró con el sacrificio humano á esa divinidad, que se ocultaba en profundas sombras, y que era reveladora de la muerte.

La religion, pues, era un terror; la oracion un crimen. Pero el hombre observa el rayo; adivina con su pensamiento el fenómeno del trueno y el relámpago; lucha cuerpo á cuerpo con las aguas y los vientos, sube á buscar á Dios al cráter de los volcanes, y burlado su deseo, traslada á la divinidad al espacio, al cielo; y le ofrece la sangre del animal, que caza en los bosques, lo mas selecto de los frutos, producto de su trabajo.

El mal, sin embargo, permanece: la víbora pisa su planta y el remordimiento su conciencia; la enfermedad le maltrata y el trabajo le cansa y le fatiga, y conforme al dualismo de su naturaleza, así como cree en un Dios del bien que le protege, crea otra divinidad que le compulsa constantemente al mal. Este dios implacable es en la India Siva; el dios creador y bueno Brahma. Lo mismo hace la

Persia; hay tambien para ella dos genios que disponen del gobierno del universo; Ormuz que habita en la luz; Ahriman, destructor, que vive entre sombras, pero cuyo imperio terminará, cuando el dios bueno conozca sus maldades: el hombre comprende ya la terminacion del principio malo.

Todavía el Egipto, al heredar el espíritu de Persia, escribe en su teogonia una divinidad con dos poderes; Osiris, dios fecundo que dá á la tierra sus mieses; Tifon, dios maldito, que produce en ella la peste y la esterilidad. Pero el hombre ha abierto más los ojos de su alma para conocerse. El dios del mal no es ya en Egipto un dios adorado, ni casi temido; es una sombra maldita que queda todavía de los sueños de la ignorancia.

En fin, Grecia que absorbe en su alma todo el pensamiento del Asia y del Egipto, sueña un dios que devora á sus hijos, armado de una guadaña para segar constantemente el bien y la vida; mas cuando ese pueblo del arte toca la materia, y la hace bella, observa la naturaleza, è intenta crear otra à su imágen, escucha las armonías con que le acarician las olas de sus mares y penetra más en la inteligencia, concibe á Júpiter, dios del órden, que destrona á Saturno, confundiéndole en la noche de la nada.

El hombre ha progresado en el conocimiento de sí mismo en la nueva concepcion de la idea divina. Los dos principios no coexisten ya, se suceden; la virtud reinará sobre la tierra, porque el dios bueno es el vencedor. Todavía la fatalidad regirá á los humanos, mas será la fatalidad del bien.

Pero la luz de la inteligencia brilló con intensidad en los humanos misterios y aprendió el hombre en el constante ejercicio del pensar, que el bien y el mal, que el error y la verdad son los dos polos de su libre obrar; que un aguijon invisible heria su alma en el crimen y en el error, que lo bueno y la verdad dan dulce tranquilidad á su espíritu; y el pueblo de Israel, á quien se revela el gran misterio, arroja lejos los dioses fatales y proclama al Dios único; bueno, que le manda profetas que le alienten con la esperanza del *dominador de todas las gentes*, caudillos que le llevan à la victoria y le salvan de los enemigos; legisladores que le traen la ley del Sinai y mitigan su hambre y su sed en el desierto; pero terrible, porque Jehová es el Dios que anega á la tierra en el diluvio, que truena é inflama con su presencia el Sinai, que convierte en pavesas á Sodoma, que castiga en los hijos las faltas de sus abuelos.

Así encuentra Jesucristo al hombre; venia á salvarle y comienza por interpretar las *Escrituras delante de los doctores*; por vencer las tentaciones del mal espíritu; por anunciar la destruccion del segundo templo y reprender á los hipócritas; por arrojar de él á sus profanadores y predicar la bondad de Dios en el sermón de la Montaña, en la parábola de la viña, en la multiplicacion de los panes, en el perdón de los pecadores, en la oracion, en fin, del *Padre nuestro*.

La eternidad del hombre en la India consiste en la emigración necesaria de los espíritus por la metempsicosis.

La teología pagana es piadosa solo con sus héroes; solo ellos han de habitar el Olimpo.

Desde las promesas de Jesús todo hombre nacido de mujer es inmortal por esencia.

De esta manera el hombre, que empezó á adorar la fuerza y la ley, termina por adorar al Dios del Calvario, cuando se ha conocido, mediante su trabajo y el auxilio divino; porque cuanto más crece la humanidad en civilización, más aumenta en virtudes, más se asemeja á su Padre que está en los cielos.

¡Dichosos aquellos, que con más conocimiento de sí mismos, consigan estender el reinado del bien sobre la tierra, arrojando paso á paso y venciendo, como Cristo, á Satanás!

Porque podrá suceder en el transcurso de los siglos que *trente* el mal espíritu la conciencia humana y el Dios temible y fuerte sustituya al Dios de bondad, el Judaismo al Evangelio, el temor á la caridad. Pudiera ser que los poderosos se olvidáran de los débiles y de los aflijidos por el trabajo; que, enemistadas la fé y la razón, se maldigeran mutuamente, creando así grandes conflictos á la humanidad que la retardáran en su conocimiento y la maltratáran con el dolor. Quizá otro diluvio, pero diluvio de lágrimas, venga á purgar las futuras generaciones por adorar el becerro de oro, por profanar el templo santo y torcer el espíritu de la ley de Cristo. . . ¡Ah! de ese diluvio, de esas profanaciones y de esos cataclismos, triunfará la Verdad, encerrada en el arca de la conciencia humana, echando de su templo á los ídolos y á sus profanadores, humillando á los poderosos y exaltando á los humildes..... ¿Lo dudais, hombres de poca fé? Caminad seguros y sin zozobra sobre las olas de este revuelto mar de la vida, que allá, en la opuesta playa, os espera Cristo.

—«¡Bienaventurados los que lloran; bienaventurados los que padecen, porque ellos verán á Dios!.....»

(Se continuará)

F. MIRAS.



MUERTOS QUE VIVEN.

Te quisiera llorar, como se llora
La sagrada memoria de los muertos,
Y rezarte también, si es que á tu alma
Le aprovecha la gracia de los rezos:

Pero no puede ser, porque en tu mente
Aun se agita la luz del pensamiento,
Y aun de tus labios de carmin se escuchan
Las mentidas caricias de tu pecho.

Te quisiera adorar, como otras veces,
Por más que al recordarlo me avergüenzo,
Y postrarme á tus plantas de rodillas,
Cual si fueras la Virgen de los Cielos.

Pero no puede ser..... Desde aquel día,
En que hollaste la fé de un juramento,
Ni te puedo querer, porque no vives,
Ni te puedo rezar, porque no has muerto.

¿Qué hacer contigo, singular fantasma,
Imágen de mis plácidos ensueños,
Si te tengo presente, muy presente,
A la pálida luz de los recuerdos?

¿Qué hacer contigo, si al mirar la luna
En la pupila azul del firmamento,
Me parece que escucho la armonía
De tus dulces palabras y tus besos?—

Yo te miro en la luz de la mañana,
A través de sus límpidos reflejos,
Risueña como el ángel de la noche
Con todos sus encantos y misterios.

Yo te miro en el caliz de las flores,
Cuyo aroma es el ámbar de tu aliento;
En el blanco lucero del crepúsculo,
Y en las sombras que fraguan el silencio.

—
¿Qué hacer contigo, si por todas partes
Que van mis ojos, me parece veo,
Quizás á impulsos de mi afán perdido,
La imágen fiel de tus contornos bellos?

—
Quererte no es posible; ya lo sabes:
Rezarte es un sarcasmo, lo comprendo:
Olvidar nuestro amor... ¡eso es locura!
Despreciarte..... tampoco te desprecio.

—
¿Qué hacer contigo, al fin, mujer perjura,
De alma insensible y corazón de hierro?....
—Tenerte compasión, tenerte lástima,
Porque viviendo aun, para mí has muerto.

—
J. RUIZ NORIEGA.

LA MUSICA.

Entusiastas admiradores nosotros de todo lo grande, de todo lo sublime, y conociendo el poderoso influjo que ejercen las artes en los países que, como el nuestro, hallanse afortunadamente dotados de esa esquisita sensibilidad y delicadeza de espíritu que hace apreciar la belleza bajo cualquier punto de vista que se la considere; nosotros, volvemos á repetir, no podemos menos de rendir cariñoso tributo al arte de la Música, que es entre todos el que mas contribuye á la educación del pueblo en todas las naciones.

Plumas mejor cortadas que la nuestra, imaginaciones más fecundas que la que nosotros podamos poseer, han tratado yá este asunto y hecho lo posible por demostrar la inmensa utilidad que reporta á un Estado el conocimiento y perfección del arte musical, que

despierta el sentimiento y hace que el corazón, recreándose en el inefable placer que causa su estudio, aleje quizás de una manera rápida y decisiva, todos los más grandes vicios, todas las más abominables pasiones.

¿Quién no se entusiasma y se conmueve al escuchar esas preciosas melodías, esas sentimentales creaciones, producidas en un momento de verdadera inspiración, por los ilustres genios, que arrebatando al divino Apolo las cuerdas de su armoniosa lira, fueron los verdaderos y únicos intérpretes del sentimiento y la belleza rítmica, para legar al mundo entre el aplauso de las generaciones, las sublimes y grandiosas páginas que ostentarán siglos y siglos sus admirados nombres inmortales?

El espíritu altamente filosófico é investigador de nuestra edad, que todo lo estudia, todo lo analiza, todo lo sorprende, encaminado á buscar en el perfeccionamiento intelectual y moral de individuo la base de todo Estado bien constituido, resuelto á penetrar de una vez los insondables y misteriosos arcanos que envuelven, por decirlo así, al hombre en el oscuro recinto de su vida psicológica, merced al progreso y á la ilustración, ha demostrado por completo que el divino arte de Euterpe, no solo hace á la criatura más buena y más sensible, sino que le impulsa, por un no sé qué misterioso y secreto, á su mayor felicidad en todas circunstancias.

Hoy, mas que en ninguna época de la historia, el arte de la Música ha llegado á su más alto grado de brillo y esplendor y los hombres más eminentes de todos los países le han consagrado cariñoso culto, para darnos sin duda á comprender, que el entregarse á su cultivo, lejos de causar daño alguno en lo que atañe á la suprema energía y virilidad de un pueblo, le alienta y sintetiza en él las más nobles y desinteresadas afeciones del alma.

Los antiguos griegos y romanos dieron gran importancia al arte músico; y la Edad media, con sus juglares é inspirados trovadores, introdujo tal afición hácia su estudio, que muy pocos eran los que, pudiendo sostener en sus palacios á todos aquellos, no los deseasen para solazar sus interminables aburrimientos con poéticas y dulces canciones, en que el amor, la guerra y los misterios religiosos eran los temas favoritos.

El siglo XIX ama la Música y á ella consagra quizás un cariño mucho más entusiasta, que el que los siglos medios pudieron consagrarle, y acogiendo con verdadero júbilo las obras de los ilustres compositores de Europa, se afana por llevarla hasta el más alto grado de sublimidad y perfección.

Italia y Alemania, esos dos países que tanto han influido é influyen en la actualidad en el desenvolvimiento de la inteligencia humana, merced á sus profundas investigaciones filosóficas la

una, por medio de su inagotable tesoro de preciosidades artísticas la otra; son también las que de una manera más grande y más sublime han hecho comprender á los demás pueblos las excelencias de la Música, y el universo todo no puede menos de rendirles un tributo merecido, y recordar con entusiasmo los ilustres nombres de los célebres compositores Weber, Mozart y Bethoven; Bellini, Verdi, Rossini y Donizzetti.

La música alemana refleja de un modo admirable el carácter pensador y reflexivo de esa raza tan viril como activa y laboriosa; y en sus extrañas y profundas combinaciones rítmicas y armónicas ha sintetizado el espíritu de grandeza que tanto le distingue.

La música italiana, lánguida, dulce y amorosa, como el hermoso cielo que cobija las fértiles comarcas, en donde, como en ninguna otra parte, ha sido más fecunda en regalados dones la pródiga naturaleza; riente y apacible como el murmullo de sus poéticos y transparentes lagos, sentimental y cariñosa como el tierno y suave suspiro de las auras, que perfuman sus encantadores vergeles; á diferencia de la que hemos mencionado, infunde en nuestro corazón la placida dulzura que apetecemos, como benéfico trasunto del adorado bien que todos deseamos.

¿Quereis vosotros, los entusiastas admiradores del arte musical, quereis, repito, abrir vuestro corazón á todos los más grandes sentimientos y conocer hasta en sus más ínfimos detalles el prodigioso genio de Mozart, Hayden ó Bethoven? Escuchad una y mil veces sus admirables obras y decidme, si en las arrebatadoras y sublimes melodías; del fantástico drama lírico *D. Juan* y en los religiosos y divinos acordes de *Las siete palabras*, no existe un reflejo vivo y fiel de la grandeza humana y de la benéfica, admirable, misericordia divina!

Rossini, Bellini y Donizzetti, en sus célebres producciones, han logrado conmover nuestro ánimo con sus inspiradas melodías, pero al propio tiempo (y esta es sin duda alguna la más superior de sus relevantes cualidades) han demostrado al mundo todo, que el arte, que bajo múltiples manifestaciones erigió su imperio en la hermosa península italiana, es allí donde solamente ha podido y puede en la actualidad ser origen fecundo de extraordinarias empresas; puesto que si revisamos una por una las sublimes obras de estos tres compositores, veremos que todos á porfía, más particularmente Bellini y Donizzetti, han trabajado por resucitar el abatido espíritu de sus compatriotas, sacándolos del estado de vergonzosa postración en que se hallaban, para que comprendiesen que el pueblo que tantos y tan merecidos triunfos alcanzara en la feliz conquista del pensamiento, debía necesariamente levantar la cerviz y sacudir el ominoso yugo, con que imbéciles tiranos trataron por tanto número de siglos de esclavizar su inteligencia.

La Straniera, la Sonámbula, Norma y Beatrice di Tenda de Bellini, ese genio colosal que debe ser considerado como un músico de sentimiento formado por sí solo, son obras en las cuales la belleza y la ternura hallanse espresadas de un modo tal y tan delicado, que, à nuestro humilde juicio, es imposible que otro alguno las pueda expresar mejor.

Mil y mil veces hemos tenido la inefable delicia de oír las poderosas creaciones del gran *Maestro*; y tanto en el concertante final de la *Opera Norma*, como en el universalmente celebrado quinteto de *Sonámbula*, nuestro corazón se ha conmovido de una manera inesplicable; y como trasportados misteriosamente à las fantásticas regiones de lo ideal y de lo desconocido, hasenos allí mostrado el sentimental Bellini, ornada su sien con la brillante aureola de la inmortalidad, reteniendo bajo sus plantas y como su más legítimo y verdadero trono, la poética y maravillosa encarnacion del sentimiento y la belleza reunidas.

La Música es en general, no tan solo el entretenimiento más grato para el hombre, sino también el bálsamo consolador de sus penas y de sus amarguras.

Hacedle oír à aquel que se halla fuertemente combatido por un hondo sufrimiento, hacedle oír las sublimes, y sentimentales armonias de una composicion elevada, y vereis entonces que su corazón se conmueve, que su ánimo se regocija; y no puede suceder de otro modo, puesto que al escuchar los armoniosos sonidos que tanto le enagenan, encuentra en ellos alivio à sus infinitos pesares.

Lo hemos dicho y lo repetiremos una y mil veces; la Música educa el corazón y hace vibrar el sentimiento del alma; por eso mismo nosotros, reconociendo lo que vale y cuanto importa conservar su arte à gran altura, hacemos votos por que en nuestra patria alcance el mismo desarrollo que hasta hoy día ha tenido en los países extranjeros.

ARTURO DE CAYUELA.

LUZ Y SOMBRA.

Seras pobres, desgraciados,
Sin mas bienes que el dolor,
Sin mas hogar que la tierra,
Sin patria, sin ambicion;
Cuando tendais vuestra mano

Al poderoso señor,
 Y una misera limosna
 Pidais en nombre de Dios:
 Cuando oigais de vuestros hijos
 La triste y hambrienta voz,
 Que pide el pan bendecido,
 Que la miseria os negó,
 Tened esperanza y fé
 En vuestro amargo dolor,
 Que llegará para el pobre
 Un día de bendicion:
 Por que esa sed que sentisteis,
 Con llanto y resignacion;
 Por que esa horrible miseria,
 Por que ese pan que os faltó,
 Es la sombra, que huye y deja
 La luz en el corazon!

Vosotros, que en las orgias
 Pasais la vida veloz,
 Que entre placeres matais
 El sentimiento, el amor;
 Vosotros, que en los palacios
 Entre horrible confusion,
 No escuchais la voz del pobre,
 Que os pide en nombre de Dios:
 Vosotros, ricos, que nunca
 Conocisteis el dolor,
 Que nunca tuvisteis hambre,
 Que nunca el pan os faltó,
 Olvidais, necios, que un día
 Espirará ese esplendor:
 Y entonces vuestra conciencia,
 Vuestra misma corrupcion,
 Os hará ver que es la dicha,
 Que es el placer tentador,
 Que son los brillantes goces
 De la vida que pasó,
 Luz, que deja al extinguirse
 La sombra en el corazon!

JACOBO RUBIRA.

LOS DEMOLEDORES. (1)

—...Y finalmente, señores, es necesario derribar todos los ídolos, desarraigar todas las preocupaciones y quitar todas las caretas.

—Observa, sin embargo, que la sancion del tiempo y la de la opinion pública son muy poderosas.

—Si tienes escrúpulos de esa índole, no mereces formar à nuestro lado.

—Es que Genaro aspira à ser académico.

—Està vendido à nuestros adversarios.

—Trata de imitar al hidalgo manchego, tomando à su cargo desfacer entuertos y castigar tropelías.

—Ni aspiro à la academia, ni me he tasado, ni quiero resucitar à D. Quijote. Lo que digo y repito, es que vuestro propósito participa de la locura y que constituyendo ciertos nombres un título de gloria para la patria, me parece antipatriótica la empresa de desacreditarlos.

—Pero la verdad no es mas que una, y si Lope fué un mala cabeza, es hora ya de que no le reverenciamos como à un santo.

—Pues ¿y Cervantes? A fe que si hoy viviera, la cobranza de sus alcabalas le habria llevado al Saladero.

—¿Y à eso llamais crítica histórica? Un escritor debe juzgarse por sus obras, no por sus hechos.

—Debe juzgarse por todo; y nosotros, los representantes de la nueva generacion, debemos proclamar muy alto, que Colon tropezó con América sin esperarlo; que la virtud de Isabel I fué tan problemática como el ofrecimiento de sus joyas; que Gonzalo de Córdoba debió arrastrar un grillete por sus alardes de contabilidad; que Pizarro fué un maton de mal género; que Velazquez tuvo la poca vergüenza de ser ayuda de cámara; que las obras de Murillo no son suyas en gran parte, y que Moratin fué un indigno afrancesado.

—¡Tiene razon Diego!

(1) Del libro *La República de las letras*. (a)

(a) Apesar de la costumbre seguida en esta Redaccion de publicar solo trabajos inéditos, hacemos hoy una escepcion con el presente artículo, en obsequio de nuestro ilustrado amigo y colaborador el Sr. Ossorio y Bernard, que se ha servido remitirnos para su insercion algunos capítulos de su precioso libro citado, cuya lectura recomendamos à nuestros suscritores.

N. de la R.

—Diego delira; y vosotros que le aplaudís, hipócritas del vicio, no sabéis siquiera lo que es el decoro literario.

—¡Que siga el académico!

—¡Que siga!

—Vosotros, poetas y artistas en embrión, habéis llamado inútilmente á las puertas de la gloria y, cansados de esperar, intentáis que se os abran, alborotando junto á ellas. No tenéis valor para la lucha y recurrís al escándalo, poco cuidadosos de alcanzar un dictado denigrante, con tal de hacer que suenen vuestros nombres, y sin reparar en cuán triste es la celebridad á que aspiráis. Tú, Diego, has perseguido durante un año á todos los actores y empresarios de los teatros de Madrid; y cuando te has visto precisado á recoger tus comedias,—no sé si justa ó injustamente rechazadas,—los que antes juzgabas artistas eminentes son ya para tí cómicos de la legua, y los empresarios que fueron modelo de caballerosidad, se han convertido en mercachifles y usureros sin decoro.

—Solo el público tenía derecho á juzgar mis obras.

—Pues haberte convertido en intérprete de ellas, alquilando previamente un teatro.

—Eso no es posible.

—Casos se han dado de ello; pero para que juzgues el asunto con pleno conocimiento de causa, te diré que en uno solo de nuestros teatros hay presentadas más de cuatrocientas obras dramáticas. Si todos los autores tuvieran iguales exigencias que tú, ¿qué actores podrían representarlas?

—Pero lo que yo niego es el derecho que tiene á calificar la mía un mal cómico.

—¿No calificas tú la obra de tu zapatero? ¿Con qué derecho lo haces?

—Bueno, no quiero discutir acerca de mí; pero no me negarás que Mariano, el tímido é inspirado Mariano, es un poeta de primer orden. Pues, sin embargo, ni de valde le publican sus versos.

—Mariano sigue también un camino equivocado. Ciertamente que tiene talento.....

—¡Marianito, abajo el sombrero! Gracias á Dios que te hacen justicia.....

—Ciertamente que tiene talento; pero no lo utiliza. Sus interminables poesías se consagran sin excepción á manifestarnos sus impresiones amorosas; la ingratitud de la mujer á quien ama; sus terribles celos; sus fatídicos presentimientos y sus caprichosos rencores. ¿Qué le importa al lector que tenga envidia del celirillo blando que acaricia la frente de Filis y del sol que penetra en su habitación y del oxígeno que absorbe? ¿Acaso la poesía no tiene horizontes más dilatados? ¿No puede cantar, por

ejemplo, las glorias de la patria?

—Justo, y vulgarizarse hablándonos de Pelayo y del Cid, y de la reconquista..... ocultando por supuesto que nuestros padres se aliaban con los moros para luchar con otros cristianos ...

—O cantar las excelencias de nuestra Religion.....

—¿Con sus frailes milagreros y sus santos inquisidores?... Mariano escribe de amores, porque está enamorado.

—Y se limitará á recibir vuestros aplausos.

—Porque los directores de periódicos carecen de ilustracion.

—Y de paciencia para leer las resmas que diariamente les entregan de prosa y verso.

—En cambio publican atrocidades de otros autores.

—No lo niego; pero de otros autores que tuvieron siquiera el talento de crearse previamente una reputacion.

—¡Usurpada!

—Todo cuanto querais; pero cuyos nombres son gratos a público.

—¡De plagiarios!

—Que se vean las obras de cualquiera de los académicos....

—Robadas, desde la primera letra hasta la última.

—Yo me comprometo á demostrar que desde el establecimiento del Liceo hasta el de la Sociedad de Escritores y Artistas, todos los escritores españoles se han limitado á poner en verso las obras francesas en prosa y á escribir en prosa las poesias francesas.

—¡Valiente trabajo! Yo pienso publicar un artículo demostrando que Zorrilla no sabe hacer una cuarteta; que Breton de los Herreros mantenía á dos desgraciados, uno para que le tradujera comedias, y otro para que las versificara, y que *La Jura en Santa Gadea*, de Hartzzenbusch, es un *buñuelo*, indigno de ser representado aun en el teatro de Buenavista!

—Yo me comprometo á demostrar que de los setecientos individuos que componen la Asociacion de Escritores, ni uno solo es capaz de presentar un folleto de diez y seis páginas, que sea suyo, exclusivamente suyo.

—¡Y hablan, sin embargo, en nombre de los escritores!

—¿Cuándo les hemos autorizado para ello?

—¡Y reciben dinero de los ricos para socorrer á los enfermos, enterrar á los muertos y dar educacion á los huérfanos! ¿Puede darse mas criminal empeño?

—¡Nosotros tenemos dignidad!

—¡Y preferimos morir de hambre, á denigrarnos con la limosna!

—¡Abajo la Asociacion de Escritores!

—¡Y la Academia!

—Y los escritores antiguos y modernos, que no pertenezcan á nuestro círculo.

—¡Y Genaro que les defiende!

La conversacion referida se escuchaba no hace muchas noches desde todos los rincones de uno de los cafés mas concurridos de Madrid.

Uno de los parroquianos del establecimiento, hombre entrado ya en años, que habia seguido con curiosidad el debate, tomó un polvo de rapé y exclamò con bondadosa sonrisa: ¡Quién pudiera dentro de veinte años volver á escucharles discutiendo el mismo tema! ¡Pobres demoleadores!

M. OSSORIO Y BERNARD.

A. E. . . .

(MADRIGAL.)

Como á la olmeda umbrosa
 Quieren los placenteros ruseñores;
 Como al bosque la alondra misteriosa,
 Como el aura á las flores,
 Como la luz al dia,
 Así, mujer, te adora el alma mia.

Penetrar quiero en vano,
 De la ruda pasion que el pecho inflama,
 Un insondable, misterioso arcano:
 ¡Y es que la ardiente llama
 Del fuego que en mí anida,
 A la vez que me mata, me dá vida!

M. ESCOBAR.